



Capítulo II

TERRANOVA

“O los desgraciados y agobiados se volvían confiados y alegres. Y si alguien creía que su vida estaba totalmente perdida... iba y le contaba todo eso a la pequeña Momo, y le resultaba claro, de modo misterioso mientras hablaba, que tal como era sólo había uno entre todos los hombres y que, por eso, era importante a su manera, para el mundo. ¡Así sabía escuchar Momo!”

—Michael Ende, Momo

Llegar a una tierra habitada por otros y otras

Durante el primer año habíamos navegado. Las tripulaciones aprendieron a orientarse entre corrientes cambiantes, atravesaron tormentas, escucharon historias antiguas y recorrieron mares donde las emociones tenían nombre propio. Habían seguido mapas, descifrado mensajes y descubierto que algunas preguntas son más importantes que las respuestas que intentan resolverlas. Ahora la línea del horizonte comenzaba a cambiar, después de mucho tiempo observando agua, aparecía la tierra: Terranova. Recuerdo la emoción que producía pronunciar aquel nombre.

Durante el año anterior las niñas y los niños habían sido aprendices de marinería. Ahora llegaban a tierra firme convertidas y convertidos en exploradoras y exploradores. Terranova era el territorio simbólico que

acompañaría su paso por kínder, una geografía imaginada y compartida que poco a poco iríamos habitando juntas y juntos. Allí había nuevos senderos por recorrer, refugios por construir, personajes que conocer, misterios que investigar y preguntas que todavía no tenían respuesta.

Cada equipo tendría su propio refugio donde guardarían hallazgos, compartirían hipótesis, recibirían mensajes y regresarían después de cada expedición. En aquellos espacios comenzaría a crecer también uno de los símbolos más importantes de Terranova. Este era un gran árbol construido con material reciclable que con el tiempo se convertiría en lugar de encuentro, de preguntas y de sorpresas. Terranova era un territorio al que las niñas y los niños llegaban acompañadas y acompañados por historias, personajes y lugares que ya formaban parte de su memoria colectiva; la Isla de la Fantasía seguía allí, habitada por los personajes de los cuentos que habían conocido durante prekínder. Algunos regresaban una y otra vez a las conversaciones, a los juegos y a las preguntas del grupo, como ocurre con aquellas historias que encuentran un lugar donde quedarse.

Sin embargo, Terranova guardaba otros desafíos. Nuevos senderos comenzaban a abrirse, aparecían espacios todavía inexplorados, preguntas sin resolver y misterios que nadie había anticipado. Poco a poco las niñas y los niños descubrirían que aquella tierra no sólo estaba hecha de lugares, sino también de relaciones, búsquedas compartidas e historias que seguían escribiéndose mientras eran vividas. Terranova tenía geografía, habitantes y memoria, pero sobre todo tenía preguntas. Como ocurre en los territorios indómitos, nadie llegaba a él sabiendo exactamente qué iba a encontrar.

Y es que llegar a un territorio así exigía algo distinto de lo aprendido hasta entonces, porque navegar y habitar no son la misma cosa. En el mar siempre existe la posibilidad de continuar avanzando. La tierra, en cambio, nos obliga a permanecer un poco más, nos invita a construir, a cuidar, a hacernos responsables de los lugares que ocupamos y de las personas con quienes los compartimos. Por eso las primeras semanas tuvieron algo de exploración y algo de tanteo.

HABITAR EL MISTERIO

Las niñas y los niños recorrían senderos, observaban rincones, descubrían espacios que todavía no conocían. Algunas personas encontraban rápidamente un lugar desde donde mirar el mundo; otras, en cambio, necesitaban más tiempo. Había quienes llegaban hablando y quienes preferían escuchar primero. Algunas amistades parecían continuar naturalmente desde el año anterior y otras comenzaban a formarse apenas ahora. Nada de esto resultaba extraordinario porque forma parte de la vida de cualquier comunidad; no obstante, lo que empezó a llamar mi atención ocurrió en los meses siguientes ya que poco a poco comenzaron a aparecer versiones de las niñas y los niños que hasta entonces habían permanecido ocultas.

Una niña que rara vez levantaba la mano se convirtió en una observadora extraordinaria. Mientras el resto del grupo seguía una pista, ella notaba pequeños detalles que terminaban cambiando el rumbo de la búsqueda. Un niño que parecía vivir distraído recordaba con precisión conversaciones ocurridas semanas atrás y ayudaba al grupo a reconstruir acontecimientos que otras personas habían olvidado. Otra niña, que prefería mantenerse al margen de las discusiones, se donaba sus abrazos cuando alguien se sentía triste o excluido. No era que estuvieran cambiando de repente y tampoco era que aquellas capacidades hubieran aparecido de la nada, más bien daba la impresión de que estaban esperando las condiciones adecuadas para manifestarse.

Estos nuevos modos de habitar el espacio y las relaciones expresan un movimiento de nuestra constitución subjetiva, en el que muchas dimensiones de quienes somos viven de esa manera, latentes, disponibles, a la espera de un encuentro, porque hay aspectos de la existencia humana que sólo aparecen en relación con otras personas. Hay capacidades que desconocemos hasta que alguien las necesita, o preguntas que no sabíamos que habitaban en nosotras y nosotros hasta que otra persona las formula. También hay formas de cuidado, de valentía, de liderazgo o de ternura que permanecen silenciosas hasta que una situación las convoca. La vida tiene una forma curiosa de revelarnos; a veces creemos que estamos

HABITAR EL MISTERIO

descubriendo a otras personas cuando lo que en realidad se nos revela son partes desconocidas de nosotros mismos.

Puedo decir que Terranova comenzó a traer muchos de esos movimientos. Las niñas y los niños habían llegado pensando que explorarían una nueva tierra. De algún modo era cierto, había nuevos senderos por recorrer, refugios por construir y misterios que todavía aguardaban en distintos rincones del territorio. Pero una exploración más silenciosa también había iniciado, porque mientras aprendían a vivir junto a otras personas iban encontrando formas inéditas de ser: algunas nacían en las amistades, otras en los desacuerdos y otras más aparecían cuando el grupo necesitaba ayuda, cuando surgía una dificultad inesperada o cuando alguien encontraba el valor para hacer una pregunta que nadie se había atrevido a formular. Las transformaciones más profundas en nuestra subjetividad comienzan precisamente cuando la vida nos pone frente a otras personas y nos invita a responder de maneras que todavía no conocíamos.

Mientras acompañaba a las niñas y los niños durante aquellos primeros meses en Terranova, tenía la sensación de que algo semejante estaba ocurriendo; lo veía aparecer en una conversación, en una amistad que comenzaba a consolidarse, en la forma como alguien encontraba su lugar dentro del grupo, o en la manera como ciertas capacidades parecían despertar cuando eran necesarias para otras personas. Terranova se iba poblando lentamente de historias, voces y presencias, ya no era solamente una tierra recién descubierta: comenzaba a convertirse en un lugar habitado.

Habitar un lugar tiene algo que ver con descubrir que nuestras vidas empiezan a entrelazarse con las de otras personas, hasta el punto que resulta difícil saber dónde termina una historia y comienza otra. Las niñas y los niños todavía exploraban senderos y rincones desconocidos. Sin embargo, la exploración más importante ya estaba en marcha, pero ésta no ocurría en los caminos de Terranova sino entre ellas y ellos...y apenas comenzaba.

Los refugios: construir un nosotros

Antes de seguir senderos desconocidos, resolver misterios o emprender expediciones, las exploradoras y los exploradores necesitaban un lugar al cual regresar. Por eso, cada equipo recibió un refugio.

Los refugios ocupaban los mismos espacios que tradicionalmente habían sido llamados salones de clase. Sin embargo, desde el comienzo dejamos de nombrarlos de esa manera. En Terranova eran refugios de exploradores, y ese cambio de nombre transformaba también la relación con el lugar. No llegaban a un salón organizado por personas adultas para recibir estudiantes, llegaban a un territorio que debían habitar.

Durante las primeras semanas cada equipo comenzó a darle forma a su refugio. Lo hicieron a partir de sus gustos, sus acuerdos, sus deseos y las expectativas que tenían sobre la aventura que acababa de empezar. Algunos privilegiaban ciertos colores, otros organizaban cuidadosamente los espacios donde guardarían sus hallazgos. Poco a poco fueron apareciendo mapas, dibujos y objetos encontrados durante las expediciones y pequeñas marcas que hacían reconocible cada uno. Me gustaba detenerme en ese proceso porque allí ocurría algo más que una apropiación del espacio, los grupos comenzaban a preguntarse, quizás sin saberlo, quiénes eran. Toda comunidad necesita un lugar donde encontrarse consigo misma y aquí los refugios fueron cumpliendo esa función.

Al refugio regresaban después de cada exploración. En este espacio discutían sus hipótesis cuando un misterio aparecía en Terranova, compartían desacuerdos, tomaban decisiones y guardaban aquello que consideraban valioso. Con el tiempo, algunos tesoros encontrados durante las expediciones también fueron resguardados allí, como si ese lugar fuera capaz de proteger no solamente objetos sino también la memoria de la travesía.

En cada uno de los refugios lo que sí encontraron los niños y niñas al llegar fue un gran árbol construido con diversos materiales. Las guías y consejeras lo

habíamos investido como un árbol de la sabiduría, aunque las niñas y los niños terminaron otorgándole significados mucho más amplios de los que habíamos imaginado. A sus pies aparecían mensajes, preguntas y pistas inesperadas. Con el paso de los meses aquel árbol se convertiría en uno de los corazones simbólicos de Terranova, pero eso ocurriría después; por ahora los refugios estaban ocupados en la tarea de aprender a convertirse en un nosotros porque antes de resolver los grandes misterios de Terranova, las tripulaciones que estaban ahora revueltas necesitaban descubrir algo más cercano y más difícil que era cómo vivir juntas y juntos, cómo tomar decisiones compartidas, cómo reconocer el valor de las diferencias y cómo construir una historia común sin dejar de ser quienes eran.

Los refugios se parecían menos a un salón y más a un campamento base, ese lugar al que se regresa después de explorar lo desconocido, el espacio donde se organizan los mapas, se comparten hallazgos y se recuperan fuerzas antes de volver a salir; por eso resultaron tan importantes. Mientras las niñas y los niños construían sus refugios, éstos construían igualmente a las niñas y los niños que los habitaban.

Los árboles que preguntaban

Toda comunidad necesita preguntas capaces de abrir un espacio de búsqueda compartida, preguntas que no se agotan en una respuesta rápida porque continúan trabajando silenciosamente en quienes se atreven a habitarlas. En Terranova, aquellas preguntas empezaron a llegar a través de los árboles. Los árboles ya habitaban los refugios desde el comienzo del año; cada equipo de exploradoras y exploradores tenía el suyo. Su presencia formaba parte del paisaje cotidiano, del mismo modo que los mapas, los objetos hallados durante las expediciones o los dibujos que iban apareciendo en las paredes. Las niñas y los niños pasaban junto a ellos, conversaban bajo sus ramas y, poco a poco, dejaron de verlos como un elemento más del escenario para incorporarlos a la vida misma de la comunidad.

En aquel momento pensábamos los árboles como una especie de portal, un puente entre los acontecimientos cotidianos de las exploradoras y los

exploradores y los elementos fantásticos que habitaban Terranova. Un lugar desde donde podrían llegar mensajes, pistas o acontecimientos inesperados, pero con el tiempo fuimos comprendiendo que su función era mucho más profunda que esa.

¡Todo comenzó con una carta!. Una mañana apareció una carta que contenía un mensaje en uno de los árboles. Nadie había visto llegar a quien lo escribió y nadie sabía cómo había aparecido allí, sin embargo la carta parecía conocer cosas que estaban ocurriendo en Terranova, sabía de los misterios, de las conversaciones de las exploradoras y los exploradores, de acontecimientos que habían ocurrido en los refugios. Como era de esperarse, la inquietud recorrió rápidamente a los equipos: ¿Quién había escrito aquel mensaje? ¿Cómo podía saber tantas cosas? ¿Dónde estaba?, Las niñas y los niños intentaban construir explicaciones, formulaban hipótesis, buscaban pistas. Algunas se apoyaban en acontecimientos recientes o en historias conocidas; otras en posibilidades que sólo la imaginación infantil es capaz de sostener con absoluta naturalidad, pero lo más importante no fue la aparición del mensaje sino la pregunta que éste traía consigo, y la cual parecía dirigirse al corazón mismo de la comunidad: ¿Quiénes son ustedes?

Recuerdo que esa pregunta produjo un efecto muy distinto al de los misterios que vendrían después. Cuando aparecía o desaparecía una huella o un objeto extraño, la atención se dirigía naturalmente hacia el acontecimiento. No obstante había algo que descubrir, explicar y resolver, esta vez era diferente. La pregunta devolvía la mirada hacia quienes la recibían. Por un momento Terranova dejaba de ser únicamente un territorio por explorar para convertirse en un espejo: ¿Quiénes son ustedes? La pregunta parecía sencilla y, sin embargo, no lo era.

Hasta entonces las exploradoras y los exploradores habían compartido expediciones, conversaciones y aventuras. Habían aprendido los nombres de quienes viajaban a su lado, empezaban a reconocer gustos, habilidades y formas de ser, pero ahora aparecía otro desafío: intentar nombrar aquello que estaban construyendo en conjunto.

HABITAR EL MISTERIO

¿Quiénes eran: ¿Una tripulación? ¿Un grupo de amigas y amigos? ¿Un equipo de exploradoras y exploradores? ¿Una comunidad? ¿Algo más?

La pregunta permanecía abierta y creo que esa era precisamente su fuerza. El equipo de profesionales que acompañaba a estos grupos decidió, inspirado en una historia antigua, lanzar el primer desafío.

Bebimos inspiración del Oráculo de Delfos, santuario que durante siglos personas provenientes de distintos lugares llegaban después de largos viajes para consultar buscando respuestas sobre el amor, la guerra, el destino o el porvenir, pero finalmente la voz del oráculo que terminó atravesando la historia fue otra: Conócete a ti mismo. Una invitación a volver la mirada hacia la propia existencia. Algo semejante parecía ocurrir con la carta que llegaba a Terranova.

Los árboles por sí mismos no explicaban quiénes eran las exploradoras y los exploradores. No les entregaban una definición ni una identidad terminada, les ofrecían algo mucho más valioso expresado en una pregunta capaz de acompañarles durante el camino, como impulso para el crecimiento; así como acontece con las preguntas que nos acompañan durante años, a veces durante toda una existencia, y mientras intentamos responderlas, algo en nosotras y nosotros comienza a modificarse.

Carl Gustav Jung escribió el 22 de octubre de 1916 una carta a su paciente Fanny Bowditch, la cual contenía una frase que terminaría popularizándose mucho más allá de aquel intercambio privado: 'Quien mira hacia afuera sueña y quien mira hacia adentro despierta'. Jung no ofrecía allí una máxima general sobre el autoconocimiento, sino un consejo dirigido a una persona concreta, en medio de un proceso de escucha compartido; no se refería, entonces, a una introspección aislada del mundo, sino a la necesidad de sostener una relación viva con las preguntas que nos constituyen —una relación que, como la de Jung con su paciente, sólo puede sostenerse en compañía de otra persona. Algo semejante ocurría con la pregunta de los árboles: tenía algo profundamente iniciático, no pedía una respuesta correcta sino que invitaba

a una búsqueda. Mientras las exploradoras y los exploradores intentaban comprender los misterios de Terranova, otra investigación había comenzado silenciosamente: la investigación sobre quiénes estaban llegando a ser.

Las guías y consejeras habíamos imaginado los árboles como un puente entre la vida cotidiana y el mundo fantástico, pero lo que no habíamos previsto era que terminarían convirtiéndose también en un puente entre la comunidad y sí misma, pues cada vez que una exploradora descubría una capacidad que desconocía, cada vez que alguien encontraba su lugar dentro del grupo, cada vez que una diferencia enriquecía una búsqueda colectiva o que una amistad abría posibilidades nuevas de encuentro, aquella pregunta volvía a resonar: ¿Quiénes son ustedes?

La respuesta nunca llegó en una sola carta, sino que se fue escribiendo lentamente en los refugios, en las conversaciones, en los desacuerdos, en los misterios compartidos y en la historia que estaban construyendo. Como ocurre con las preguntas importantes, no se respondió de una vez y para siempre... se convirtió en camino.

Pensar juntas y juntos

Después de la pregunta llegaron las primeras pistas...o quizás ocurrió al revés; tal vez las pistas ya estaban allí y fue la pregunta la que nos enseñó a mirarlas de otro modo. Lo cierto es que, poco a poco, comenzaron a aparecer acontecimientos difíciles de explicar: mensajes, cartas, pequeñas señales que parecían provenir de algún lugar desconocido de Terranova. Había algo inquietante en todo aquello que invitaba a detenerse, a observar con más atención y a formular preguntas. Las conversaciones empezaron a multiplicarse, las niñas y los niños hablaban en los refugios, durante los recorridos, mientras compartían materiales o esperaban el inicio de una actividad. Lo que había comenzado como una carta terminaba convirtiéndose en preguntas colectivas: ¿quién había dejado el mensaje?, ¿cómo había llegado hasta el árbol?, ¿existía realmente alguien observando lo que ocurría en Terranova? Las respuestas nunca fueron unánimes, algunas

exploradoras pensaban que se trataba de un ser mágico que habitaba en algún rincón desconocido de Terranova. Otras personas intentaban relacionarlo con los personajes de cuentos de la Isla de la Fantasía. Había quienes sostenían que podía tratarse de un antiguo habitante del territorio, alguien que conocía secretos que las demás personas ignoraban. Cada nueva hipótesis parecía abrir preguntas adicionales en lugar de clausurarlas. Lo que más me llamaba la atención de todo esto era que las diferencias no interrumpían la búsqueda; por el contrario, la enriquecían: una observación llevaba a otra, una idea obligaba a revisar una certeza. Una explicación que parecía suficiente encontraba un detalle que la volvía incompleta. Nadie poseía una visión total del misterio, y era precisamente por eso que se necesitaban unas a otras y unos a otros.

Lo que estaba ocurriendo, más que un intercambio de opiniones, era un pensamiento que comenzaba a construirse entre varias personas. Con frecuencia consideramos el acto de pensar como una actividad solitaria e imaginamos a alguien sentado frente a un problema intentando resolverlo por sus propios medios. Sin embargo, en Terranova aparecía otra posibilidad, y esto implicaba que las preguntas viajaban de una persona a otra: una observación abría una nueva hipótesis, una duda obligaba a revisar una certeza, una interpretación inesperada ampliaba aquello que parecía evidente. Las niñas y los niños parecían comprender naturalmente que pensar se parecía menos a encontrar respuestas y más a tejer relaciones entre distintas miradas; ofrecían al grupo sus hipótesis para que pudieran ser examinadas, transformadas o ampliadas. Lo importante no era tener razón, sino acercarse un poco más al misterio.

A medida que las conversaciones se hacían más frecuentes, comenzó a ocurrir algo que al principio parecía casi imperceptible: las exploradoras y los exploradores empezaron a reconocer que no todas las personas observaban el mundo de la misma manera. Puede parecer una obviedad; sin embargo, para una comunidad de niños y niñas de cinco años que apenas comienza a construirse, no lo es. Poco a poco comenzó a hacerse evidente algo

HABITAR EL MISTERIO

importante: nadie podía verlo todo, cada quien parecía sostener una parte distinta del mapa. Las respuestas nunca coincidían por completo, en cada refugio se planteaban hipótesis que luego tenían que llevarse a una gran asamblea. Nadie había alcanzado una visión total del misterio. Cada persona parecía sostener apenas un fragmento: una observaba algo que las demás no habían visto, otra recordaba un detalle aparentemente insignificante; alguien formulaba una pregunta que obligaba a reconsiderar todo lo anterior. Era precisamente esa incompletud la que volvía necesaria la presencia de las demás personas.

Con frecuencia se piensa que aprender consiste en acercarnos a una misma respuesta. En Terranova comenzábamos a descubrir que lo que permitía avanzar no era que todas las personas pensaran igual, sino que cada una pudiera aportar aquello que estaba viendo desde su propio lugar y que viviendo juntas y juntos algo podía ser posible. Al comienzo investigaron el significado de sus propios nombres para poder enviarle una respuesta al Ser Misterioso que les hacía llegar cartas a través de los árboles. Descubrieron historias familiares, pasiones heredadas y palabras que les habían acompañado mucho antes de llegar a Terranova. Más tarde atravesaron pruebas que a través de cartas les planteaba el Ser Misterioso, y las cuales les demandaron confianza, colaboración y valentía. Después cosieron sus propios chalecos al recibir de él, en los árboles, materiales para ello. También construyeron adagios capaces de acompañarles durante la travesía como parte de sus objetos de poder. Sin saberlo estaban respondiendo algo más profundo que un acertijo: aprendían a reconocer quiénes llegaban a ser cuando compartían una misma aventura.

Como adultos, con frecuencia se piensa que pertenecer implica parecernos. En Terranova parecía acontecer de manera distinta. Lo común no nacía de la uniformidad, era una construcción que nacía de la capacidad de reunir múltiples voces alrededor de una misma búsqueda. Nuestra singularidad no florece lejos de las demás personas sino en el encuentro, en la posibilidad—siempre frágil y siempre preciosa—, de construir algo común sin dejar de ser quienes somos.

Cuando la Isla de la Fantasía guardó silencio

La vida en Terranova continuaba desplegándose entre preguntas, conversaciones y descubrimientos cuando una nueva carta llegó a los refugios; esta vez la firma era conocida. Bastó leer las primeras líneas para que la emoción recorriera a las exploradoras y los exploradores; era una carta del Capitán James.

Lo habíamos conocido el año anterior, cuando todavía eran aprendices de marinería. Habían navegado junto a él por mares cambiantes, aprendido a escuchar el movimiento de sus emociones y recorrido la Isla de la Fantasía, un territorio donde los personajes de los cuentos parecían habitar una realidad tan viva como la propia. Su nombre traía consigo recuerdos de aventuras compartidas, desafíos superados y la sensación de que el mundo siempre guardaba lugares aún por descubrir.

La carta del Capitán James anunciaba que algo extraño estaba ocurriendo en la Isla de la Fantasía y que sus habitantes necesitaban ayuda. Él no lograba comprender del todo lo que estaba sucediendo porque se encontraba en alta mar, pero intuía que algo importante estaba cambiando, y solicitaba el apoyo de las exploradoras y los exploradores de Terranova. La noticia despertó entusiasmo y preocupación a partes iguales. Volver a la isla significaba reencontrarse con personajes queridos y regresar a un territorio cargado de historias. Al mismo tiempo, el mensaje traía consigo un matiz distinto al de las aventuras anteriores; esta vez no se trataba solamente de descubrir algo nuevo sino de responder a un llamado.

La carta venía acompañada de algo más. Traía un gran mapa. Las exploradoras y los exploradores se reunieron alrededor de él para descifrar sus símbolos, sus caminos y los nombres de los territorios que aparecían dibujados sobre el papel. Durante varios días el mapa ocupó el centro de las conversaciones. Lo observaban atentamente, recorrían sus senderos con los dedos, discutían posibles rutas y trataban de comprender la relación entre los distintos lugares que allí aparecían representados. Poco a poco descubrieron

algo que transformó su comprensión de Terranova: la Isla de la Fantasía formaba parte de aquel mismo territorio. Allí aparecía junto a otros lugares, conectada por caminos que atravesaban una geografía mucho más amplia de la que habían imaginado hasta entonces. Los refugios donde se reunían cada día, los senderos que recorrían y los espacios que apenas comenzaban a conocer pertenecían a un mismo mundo.

La revelación produjo una especie de asombro compartido, Terranova creció ante sus ojos. De pronto comprendieron que existían regiones que todavía no habían visitado, historias que desconocían y acontecimientos capaces de afectar a comunidades enteras más allá de su propio refugio, y entonces la carta del Capitán James adquirió un significado diferente: ya no provenía de un lugar lejano, sino que llegaba desde otra región de un territorio común. Lo que estaba ocurriendo en la Isla de la Fantasía también les concernía.

Antes de emprender el viaje tuvieron que aprender a leer el mapa. La tarea resultó mucho más compleja de lo que parecía. Elegir una ruta implicaba interpretar señales, reconocer caminos posibles y anticipar obstáculos. Algunas exploradoras descubrían detalles que las demás habían pasado por alto. Otras proponían recorridos alternativos. Había quienes observaban cuidadosamente las distancias y quienes imaginaban qué podría encontrarse en cada región. Una vez más, ninguna mirada resultaba suficiente por sí sola: el mapa comenzó a leerse colectivamente. Las distintas observaciones se complementaban, las hipótesis se contrastaban, y poco a poco la comunidad fue construyendo una ruta compartida. Mientras buscaban el camino hacia la Isla de la Fantasía las exploradoras y los exploradores estaban aprendiendo algo muy valioso: que toda travesía requiere orientación, y que orientarse implica comprender el territorio que habitamos, reconocer que formamos parte de una geografía más amplia y descubrir que los caminos importantes suelen construirse en compañía.

En una primera salida de exploración con el mapa el recorrido los condujo hasta el Pantano de la Tristeza. A diferencia de otros desafíos aquel territorio

HABITAR EL MISTERIO

exigía algo muy particular: cada paso dependía de los demás. El avance de una persona estaba ligado al del grupo, las decisiones debían tomarse conjuntamente, y cada obstáculo requería colaboración, escucha y cuidado mutuo.

Quienes conocen La historia interminable de Michael Ende pueden recordar que allí había muerto Artax, el caballo de Atreyu, hundido por el peso de la tristeza y la desesperanza. Las exploradoras y los exploradores desconocían aquella historia, pero algo en el nombre del lugar parecía convocar emociones semejantes. El desafío consistía en atravesar una serie de escalones dispersos sobre el terreno sin permitir que nadie quedara atrás ni cayera durante el recorrido. Al principio reinó la incertidumbre. Las niñas y los niños observaban el camino sin apresurarse. Cada decisión que tomaran parecía transformar la travesía de toda la comunidad. Algunas personas dudaban, otras proponían soluciones apresuradas, mientras el desafío permanecía allí, esperando ser comprendido.

Poco a poco comenzaron a ensayar posibilidades: conversaron, observaron, se equivocaron, volvieron a intentarlo... hasta que alguien descubrió que los pasos podían viajar. Quien se encontraba al final de la fila recibía una pieza y la entregaba cuidadosamente a la persona siguiente. Esta hacía lo mismo con quien estaba delante, y así sucesivamente hasta que el paso llegaba a la primera exploradora o al primer explorador del recorrido, entonces ésta lo colocaba frente al grupo, ampliando el camino apenas un poco más. El avance era lento, exigía atención y requería confianza porque cada movimiento dependía del cuidado de las demás personas. De pronto el desafío dejó de pertenecer a cada exploradora o explorador por separado, y se convirtió en una tarea colectiva; el camino avanzaba porque alguien entregaba, otra persona recibía y otra más colocaba el siguiente paso. Ninguna acción tenía sentido por sí sola: era la secuencia completa la que permitía continuar.

Recuerdo el cambio que se produjo en el ambiente cuando comprendieron cómo hacerlo. La inquietud inicial comenzó a transformarse. Allí donde antes

HABITAR EL MISTERIO

había dudas apareció concentración; allí donde había temor comenzó a surgir confianza. Los cuerpos se coordinaron, las voces empezaron a animarse unas a otras y el grupo entero encontró un ritmo compartido. Cuando finalmente alcanzaron el otro lado, una explosión de alegría recorrió el territorio, gritos, risas, saltos... El jolgorio de la misión cumplida abrazó a las exploradoras y los exploradores como suele ocurrir cuando un desafío importante ha sido conquistado en compañía.

El Pantano de la Tristeza estaba propiciando algo en este grupo de niñas y niños que sentimos fundante: que algunas travesías sólo pueden realizarse junto a otras personas porque ciertos caminos aparecen precisamente cuando una comunidad descubre que es capaz de construirlos mientras avanza. Esto es algo que difícilmente podía aprenderse mediante explicaciones o porque en un tablero apareciera escrito el valor del mes, como aún se acostumbra en algunas escuelas tradicionales. Reconocer que se requería de todas y todos —aunque hubiera quienes necesitaran más tiempo—, ofrecer ayuda cuando aparecía una dificultad y confiar en que el grupo encontraría la manera de seguir adelante... Esto solo era posible en un grupo de niños y niñas de cinco años si podía vivirse de manera encarnada.

Con aquella aventura y aprendizaje a cuestas, después de atravesar el pantano, emprendimos finalmente el viaje hacia la Isla de la Fantasía. La emoción era evidente, las exploradoras y los exploradores avanzaban entre recuerdos buscando anticipar el reencuentro con los personajes que habían acompañado tantos momentos de sus historias. Sólo fue llegar para percatarse que algo había cambiado: aunque la isla conservaba sus senderos y los árboles seguían allí, una extraña quietud y silencio parecía haberse extendido por el territorio. Los personajes no aparecieron, los espacios que solían habitar permanecían vacíos, y las voces que otras veces recibían a las exploradoras y los exploradores parecían haberse retirado dejando tras de sí un silencio lleno de preguntas.

Las primeras señales aparecieron dispersas por la isla: una zapatilla, un espejo, una caperuza, una almohada. Los objetos eran reconocibles,

pertenecían a algunos de los personajes que habían acompañado las historias del año anterior. Las niñas y los niños se acercaban a observarlos con atención, intentando comprender qué hacían allí, experimentando en la escena algo inquietante. Los objetos permanecían, pero sus dueños parecían haberse desvanecido. Por supuesto, las preguntas comenzaron a multiplicarse, y entre susurros y voces abrazadas por algo de temor, surgieron hipótesis sobre una misión importante a la cuál tal vez partieron, o que habían tenido que abandonar la isla apresuradamente; incluso hubo quien después de ver en los árboles unas huellas como de garra, dijo que el Lobo se los había comido a todos.

Las exploradoras y los exploradores recorrían el territorio buscando indicios. Observaban el suelo, examinaban los senderos y conversaban entre sí, intentando construir una explicación. Fue entonces cuando un pequeño grupo se detuvo frente a uno de los árboles que tenía unas marcas extrañas en el tronco. Al seguirlas con la mirada descubrieron algo que hasta ese momento había pasado inadvertido para todas las demás personas: justo en lo alto de la copa había un paquete. La noticia recorrió rápidamente la isla. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Quién lo había dejado? ¿Qué contenía?

La expectativa creció mientras intentaban recuperarlo. Alguien muy osado y sin musitar palabra se trepó al árbol y lanzó desde arriba el paquete. Treinta exploradoras y exploradores se reunieron en círculo con tanta rapidez para descubrir lo que guardaba en su interior. Cuando por fin se logró abrir, encontraron en su interior tres estatuas inspiradas en la comunidad de San Agustín (este origen lo descubrirían después) y dos libros que parecían haber sido cuidadosamente resguardados: Uno era Momo y el otro The three little pigs.

Durante algunos minutos nadie pareció tener muy claro qué relación guardaban aquellos objetos con la desaparición de los personajes. Sin embargo, algo en su presencia sugería que no se trataba de hallazgos casuales: habían sido dejados allí para ser encontrados. Las estatuas

permanecían silenciosas, los libros también, parecía que ambos guardaban una historia que todavía no sabíamos leer.

Las exploradoras y los exploradores emprendieron el regreso a Terranova llevando consigo los objetos encontrados y una cantidad aún mayor de preguntas. ¿Qué relación guardaban con la desaparición de los personajes? ¿Qué historia intentaban contar? ¿Por qué habían sido dejados precisamente en aquel lugar?

Las preguntas viajaban de un refugio a otro, algo parecía estar ocurriendo y la comunidad comenzaba a sentir que formaba parte de esa historia.

Pocos días después, nuevas señales aparecieron en los refugios. Sobre el suelo y las paredes podían verse unas marcas extrañas de color gris. Las exploradoras y los exploradores se reunieron alrededor de estas. Las observaron con atención, siguieron sus recorridos e intentaron comprender su procedencia. Las huellas parecían venir de algún lugar desconocido y dirigirse hacia otro igualmente misterioso, como si transportaran un mensaje que todavía nadie sabía leer. La inquietud que había comenzado en la Isla de la Fantasía acababa de cruzar el umbral de los refugios.

La desaparición de los personajes, las estatuas silenciosas, los libros encontrados y aquellas huellas grises comenzaban a formar parte de una misma trama cuyos contornos apenas empezaban a revelarse. Las exploradoras y los exploradores todavía desconocían hacia dónde conduciría aquella búsqueda. Sin embargo, el territorio entero parecía haber formulado una nueva pregunta, y esta vez la respuesta exigiría mucho más que imaginación.

Una comunidad que aprende a responder

Al volver sobre estas escenas tengo la impresión de que la pregunta que acompañó a las exploradoras y los exploradores nunca encontró una respuesta definitiva; más bien fue transformándose a medida que avanzaba la

travesía. Habían llegado a Terranova buscando un lugar donde habitar; construyeron refugios, aprendieron a orientarse con mapas, atravesaron pantanos, siguieron pistas y sostuvieron conversaciones que abrían más preguntas de las que lograban resolver. Entre cartas, misterios y expediciones fueron descubriendo algo que ninguna actividad había sido diseñada para enseñar de manera explícita. La vivencia de equipo y de comunidad no apareció de un momento a otro: fue tomando forma lentamente. Afloraba en el hallazgo inesperado de un detalle que había pasado inadvertido, en la recuperación de una pista olvidada capaz de reanimar una búsqueda que parecía detenida, en el esfuerzo colectivo por atravesar un obstáculo sin dejar a nadie atrás, y en aquellas preguntas que nacían en una sola voz y terminaban transformándose en una conversación compartida.

Mientras intentaban comprender qué estaba ocurriendo en Terranova, las exploradoras y los exploradores aprendían algo sobre sus propios recorridos. Descubrían que algunas capacidades sólo emergen en presencia de otras personas, que ciertos caminos se vuelven visibles cuando varias miradas se reúnen alrededor de un mismo misterio, que el mundo se vuelve más amplio cuando aprendemos a escuchar aquello que otras personas perciben y en nuestro caso todavía no alcanzamos a ver. Intuyo que por eso la llegada de unas huellas grises en los refugios resultara tan significativa. Las preguntas que hasta entonces habían habitado los árboles, los mapas y las conversaciones comenzaron a extenderse por el territorio entero. Algo estaba ocurriendo más allá de los refugios y parecía reclamar atención. De alguna manera, la comunidad ya se encontraba preparada para responder mientras aprendía a permanecer junto a las preguntas, a buscar y escuchar para construir sentido en compañía.

Al mirar retrospectivamente la travesía de las exploradoras y los exploradores, encuentro ecos de las reflexiones de la psicoanalista, investigadora y pensadora brasileña Suely Rolnik. A lo largo de su obra, y especialmente en *Esferas de la insurrección* (2019), ésta se ha preguntado por los procesos mediante los cuales las personas y las colectividades perciben

las transformaciones de su tiempo y participan en la creación de nuevos mundos. Su interés no se dirige hacia la identidad entendida como una forma estable o definitiva, sino hacia la vida como una experiencia en permanente movimiento, atravesada por encuentros, afectaciones y devenires que transforman nuestra manera de existir.

Rolnik (2019) propone que, junto al mundo de las formas conocidas —los nombres, las explicaciones, las certezas y las narrativas con las que organizamos la experiencia—, existe otra dimensión de la vida que se manifiesta a través de lo que ella denomina el cuerpo vibrátil. Se trata de una sensibilidad capaz de registrar movimientos que todavía no alcanzan a convertirse en representaciones claras. Antes de comprender, sentimos. Antes de explicar, algo en nosotras y nosotros percibe que una transformación está ocurriendo. Pienso que por eso, al leer las conversaciones de las exploradoras y los exploradores, sus hipótesis sobre las cartas del Árbol de la Sabiduría, su inquietud frente al silencio de la Isla de la Fantasía o su fascinación ante las huellas grises, asistimos a un ejercicio de escucha de aquello que todavía no posee una forma definida. Las niñas y los niños no corrían inmediatamente hacia una respuesta, sino que permanecían junto a la pregunta, se dejaban afectar por la misma, escuchaban sus resonancias, exploraban sus posibilidades.

Creo que Rolnik reconocería en Terranova una experiencia poco frecuente dentro de la vida escolar. Las exploradoras y los exploradores no estaban recibiendo conocimientos ya terminados ni transitando un camino previamente resuelto: aprendían a percibir los signos de un mundo que comenzaba a transformarse delante de sí. Las cartas, el mapa del Capitán James, el Pantano de la Tristeza, la ausencia de los personajes de cuento, las estatuas ocultas entre las ramas y las huellas grises que aparecieron después en los refugios, funcionaban como señales de algo que buscaba emerger. Desde esta perspectiva, la comunidad se constituía a través de vínculos afectivos o tareas compartidas; especialmente, se constituía alrededor de una sensibilidad común, una capacidad colectiva para prestar atención a lo que estaba naciendo.

HABITAR EL MISTERIO

Considero que es por eso que las preguntas ocuparon un lugar tan importante durante toda la travesía. No porque condujeran rápidamente a respuestas correctas, sino porque mantenían abierta la posibilidad de escuchar aquello que todavía no podía ser plenamente comprendido. En palabras cercanas a Rolnik, las exploradoras y los exploradores estaban aprendiendo a sostener la tensión entre un mundo que comenzaba a desvanecerse y otro que apenas empezaba a insinuarse. Algo estaba ocurriendo en Terranova, algo estaba ocurriendo en la Isla de la Fantasía, y antes de saber exactamente qué era la comunidad ya había comenzado a sentir sus efectos. Las huellas grises apenas iniciaban su recorrido sobre la tierra de Terranova. Las exploradoras y los exploradores todavía desconocían la historia que estaban a punto de habitar. Sin embargo, una transformación importante ya había tenido lugar: estaban aprendiendo a escuchar, a dejarse afectar y a responder colectivamente a aquello que reclamaba atención. Reconozco que ésta es una de las tareas más profundas de toda educación: acompañar a cultivar comunidades capaces de percibir los mundos que intentan nacer y de ofrecerles las condiciones necesarias para existir.